

LA PALABRA Y SU UNIVERSO DE SENTIDO

Teresa Espar*

Resumen

La semántica de la segunda mitad del siglo XX, se torna discursiva: su unidad de base ya no es la palabra sola. La necesidad de reconocer la unidad léxica como un universo de valores culturales, nos invita a reflexionar brevemente sobre el prestigio de la palabra - del nombre propio y del nombre sustantivo - y a recorrer algunos de los hitos fundamentales en la historia de la filosofía del lenguaje y de las tradiciones religiosas o míticas de la cultura occidental.

Palabras clave: filosofía del lenguaje, semántica, lexicografía, nombre propio, nombre sustantivo.

WORD AND ITS UNIVERSE OF SENSE

Abstract

Semantics of the second half of the XX century turns discursive: its base unit is not word alone. The necessity of recognizing the lexical unit as a universe of cultural values invites us to a brief reflexion about the word's prestige, about the name and the substantive and to visit some of the fundamental places in the history of the philosophy of language and of the religious or mythical traditions of occidental cultura.

Key words: philosophy of language, semantics, lexicology, name, substantive.

La palabra elogiada

Quisiéramos evocar, previamente, uno de los últimos escritos de A.J.Greimas¹ citado por Bernard Quemada (1993: 56-57) en *Hommages à Greimas* y con el cual quiso honrar su memoria como el gran descodificador de la semiosis que fue. *L'éloge du mot*² nos recuerda la *umwelt* socio-cultural de las unidades lingüísticas a las que reconocemos mayor importancia como portadoras de sentido:

¹ Algirdas Julien Greimas nació en Tula (Lituania) en 1917 y murió en París el 27 de febrero de 1992. Sus cenizas reposan en el cementerio de Kaunas en su país natal.

² "L'éloge du mot . Considérations méthodologiques à propos d'un nouveau dictionnaire", *Cahiers de Lexicologie*, 58.1 : 93-100.

* Profesora Titular jubilada. Doctorado de Lingüística. Universidad de Los Andes. Mérida –Venezuela.

Le mot - et la configuration qui l'accompagne – n'est pas seulement un objet de discours, il est à lui seul un objet-discours, c'est à dire un objet sémiotique, à la fois objet de connaissance et objet complexe dont les articulations internes, cloturées d'une certaine manière, lui confèrent un statut d'autonomie. Entre la casquette de Charles Bovary et un tableau de Paul Klée, il doit y avoir la place pour l'article du dictionnaire. Le propre de ces objets discursifs – car ils relèvent de l'ordre de l'usage – est de posséder une organisation en soi qui lui garantit sa clôture et dont la complexité provient à la fois des interférences et des imbrications des codes et mycro-systèmes linguistiques qui y sont engagées et les traces participatives que l'on y décèle. (...) Peu importe d'ailleurs l'origine de cet univers dès que l'on admet que la configuration du mot baigne dans l'immense Umwelt sémio-culturel où elle peut puiser à volonté. C'est le pouvoir de convocation de cet univers qui est en jeu lorsqu'il s'agit de comprendre le fonctionnement du dictionnaire.³

A partir de esta evocación nos permitiremos afirmar que para Greimas una palabra puede encerrar en ella misma un discurso completo y que puede presentarse a los ojos del investigador como un desafío a su actividad explicativa, siempre que se lo plantee como un universo de sentido. Cualquier entidad por pequeña que sea puede esconder en ella pasiones y tensiones (Delorme 1987: 8), lo dicho o lo denegado que podrá ser manifestado bajo otro aspecto, de acuerdo sólo con la intencionalidad omnipotente de un sujeto de enunciación. El prestigio del nombre sustantivo no proviene únicamente de las creencias o de las especulaciones que a su alrededor se han entretejido sino que procede

³ La palabra -y la configuración que la acompaña- no es solamente un objeto de discurso sino que es en sí misma un objeto-discurso, es decir un objeto semiótico, a la vez objeto de conocimiento y objeto complejo cuyas articulaciones internas, en cierto modo clausuradas, le confieren un estatuto autonómico. Entre el casquete de Charles Bovary y un cuadro de Paul Klée, debe de haber un espacio para el artículo del diccionario. Lo propio de estos objetos discursivos –puesto que pertenecen al orden del uso- es el de poseer una organización en sí que les garantiza su clausura y cuya complejidad proviene al mismo tiempo de las interferencias y de las imbricaciones de los códigos y micro-sistemas lingüísticos que están incluidos en ellas y de las huellas participativas que pueden descubrirse. (...) Poco importa por otra parte el origen de este universo desde el momento en el que se admite que la configuración de la palabra está sumergida en el inmenso *Umwelt* semio-cultural del que ésta puede enriquecerse a voluntad. Es el poder de convocación de este universo el que se pone en juego cuando se trata de comprender el funcionamiento del diccionario.

de su valor funcional, de su uso en el discurso, y de su poderoso poder de evocación y de convocación de universos semánticos pertenecientes a ámbitos racionales, pasionales y sensibles de la humanidad en su cultura y en su historia.

Por esta razón el estudio sobre la semántica de la palabra nos debe servir de introducción al desear abordar, desde el punto de vista del sentido, una semántica lingüística general. Aún cuando las preocupaciones de los estudiosos de los sistemas significantes deban conducir sus objetivos hacia la elaboración de una semántica discursiva o , de manera más amplia, hacia una semiótica de las culturas, deberán revalorizarse sus unidades específicas de base, que conocemos con los términos de palabras llenas, morfemas lexicales, lexías, pleremas, lexemas, y cuya presencia en los diccionarios como valores virtuales, nos permiten disfrutar de un amplio y rico repertorio de sombras y valencias de valor semántico que no cesan de interrogarnos.

Vamos a seguir los pasos de la tradición de los estudios de las ciencias de la significación, que nos orientan a tomar por partes la totalidad, para discernir cómo se arma lo que llamamos la arquitectura del sentido. Y la palabra es, tradicionalmente, la unidad mínima a partir de la cual orientaremos nuestras reflexiones. El prestigio de la palabra, del lexema en la terminología estructuralista, proviene de una tradición indiscutible que paradójicamente desde el punto de vista contemporáneo, ha frenado el desarrollo de la semántica científica. Desde nuestro punto de vista, sin embargo, ese supuesto freno no es más que un momento del recorrido porque aunque es cierto que le ha llevado mucho tiempo a la lingüística identificar y segmentar las problemáticas de la semántica, también es cierto que las unidades por excelencia, las más densas y las más económicas, son las que conocemos como palabras llenas - nombres, sustantivos y verbos - sobre las que recae generalmente el peso del sentido y la densidad de las significaciones.

2. Prestigio milenario del nombre en la palabra

Llamamos *onomástica* a aquella tesis milenaria que se interesa específicamente por la palabra y que de manera sesgada tiende a reducir la significación lingüística a la significación de la palabra; además, dentro de las palabras, considera el nombre o sustantivo como la palabra por excelencia y, en fin, entre los nombres privilegia a los nombres propios.

Estas predilecciones sirven de testimonio de la historia misma de la noción de palabra. En la Grecia arcaica –donde se encuentra como sabemos el fundamento de nuestra filosofía del lenguaje– la noción de palabra procede de la de nombre: todas las palabras eran llamadas *nombre* (*onoma*) pues no había otra manera de designarlas. A

su vez la noción de nombre procede de la de *nombre propio* o singular. Designar era, por aquel entonces y en primer lugar, llamar por su nombre a un hombre o a un dios⁴. De ahí que los nombres particulares hayan sido considerados durante mucho tiempo como las primeras palabras, como el origen del lenguaje. En el Génesis (2,19) Yavé conduce a Adán a conocer las cosas del mundo para que les ponga un nombre. Es el mito judeo-cristiano de la designación: *Y cada ser viviente había de llamarse como el hombre lo había llamado*.

Examinemos parte por parte la palabra, el nombre llamado sustantivo y el nombre propio. De acuerdo con las investigaciones e interpretaciones de François Rastier (1990: 29-33) se puede concluir que de haber seguido las orientaciones de los Estoicos, se hubiera podido concebir un modelo de la significación que no hubiera estado necesariamente ligado a la palabra. Sin embargo, aunque inspirado por ellos, san Agustín definió un modelo a partir de la palabra (*verbum*). Posteriormente, tanto en los platónicos como en los cristianos, el reconocimiento privilegiado de las palabras estuvo ligado a problemas místicos que aparecen sobre todo en la práctica de la lectura alegórica a la que son sometidos los textos sagrados. Esta lectura se fundamenta en la reescritura de las palabras aisladas, que son en general nombres y de manera más específica nombres propios, llamados también símbolos (*symbola*); Amonius, por ejemplo, no distinguía el símbolo del signo *ya que el Filósofo (Aristóteles) emplea para él, uno y otro nombre* y daba como ejemplo la palabra. Esta tradición se siguió por largo tiempo, al menos hasta Ogden y Richards (1923 : 8-10), que llaman todavía *symbol* al significante y cuando dan un ejemplo no alcanzan a diferenciar entre significado y significante sino que su ejemplo de *symbol/significante* es sencillamente una palabra. El concepto de símbolo en Ogden y Richards no es por otra parte más preciso que el de *symbolon*, signo cuyo significado está en otra parte porque el significado es espiritual, pertenece al mundo de la cognición que es sagrada.

La preeminencia del nombre debe mucho también a los mitos arcaicos del origen del lenguaje. La tradición órfica y después la pitagórica imaginan que una onomatopeya habría fijado los nombres para siempre. En este punto se reencuentra con la tradición bíblica⁵. Aunque esta idea era ridiculizada por los materialistas, esta tradición se acomodaba perfectamente al modelo aristotélico de la significación, tal por lo menos

⁴ Cf. el sólido estudio de Gambarara, cit. por Rastier (1990 : 29).

⁵ cit. por Rastier o.c. : “Para Filon de Alejandría, que se encuentra en el cruce de estas dos tradiciones, Adán tiene la razón contra los sabios: *Incluso los filósofos de los griegos dicen que fueron los sabios los primeros que les dieron nombres a las cosas. Moisés dijo más: no son algunos antiguos, sino el primer hombre nacido (Leg. Alleg., II, 15) ”*.

como había sido conformado por los neoplatónicos⁶. Retengamos que la filosofía del lenguaje es primero una reflexión sobre los nombres y su origen (todo el *Cratilo* lo atestigua) con lo cual ha entrabado el desarrollo de una semántica científica atándola así a la designación y al referente.

Establecida la palabra como base de la significación, la tesis onomástica se une con otra tesis, la realista, que establece que ésta sea estudiada en relación con su referencia con las consecuencias que ya conocemos: las palabras consideradas referenciales serán las privilegiadas puesto que representan la esencia de las cosas, fundamento de las concepciones ontológicas de los signos. Las otras, aquellas a las que por ejemplo Aristóteles llama *conjunciones* o *articulaciones*, serán consideradas como desprovistas de significación⁷ y dejadas de lado. Y como las ontologías soportan mal que se cuestione la unidad de los seres, la significación de las palabras no podrá ser descompuesta. Surge así una dificultad claramente percibida por Abelardo en el Medioevo: ¿cómo tratar de las partes no denotativas de la palabra? La teoría de los *modi significandi* o maneras de significar resolvió este problema porque había que evitar a toda costa descomponer la palabra. Por ejemplo se decía que *albedo* y *albet* significaban la misma cosa, pero bajo dos modos de significar diferentes que se correspondían con dos propiedades generales de esta cosa y daban cuenta, además, de su diferencia de construcción: el nombre-sustantivo era la palabra primera, originaria y referencializada. Las palabras derivadas como adjetivos, verbos o adverbios no tenían vida propia sino que estaban supeditadas al prestigio del nombre-sustantivo.

Hoy en día algunos autores consideran que estos criterios siguen vigentes en las semánticas referenciales que se oponen siempre a la descomposición lexical en morfemas o en semas, ya sea implícitamente como en el caso de Montague y Kamp o abiertamente como en D. Lewis; por otra parte muchos lingüistas, aunque aceptan descomponer la palabra en morfemas, rechazan analizar en componentes el sentido de esos morfemas.

Este prejuicio de la preeminencia del nombre todavía está presente en la semántica a pesar de que hace ya casi un siglo, en sus notas manuscritas, lo había advertido Saussure claramente : *El problema del lenguaje no se plantea a la mayoría de los espíritus sino como una nomenclatura [...] La mayor parte de las concepciones que tienen o por lo menos que ofrecen los filósofos del lenguaje, hacen pensar en nuestro primer padre Adán*

⁶ Cf. Hierocles de Alejandría (siglo V) señalaba a propósito de las onomatopeyas : *construían los nombres sonoros como símbolos de los pensamientos que están en el alma, y con los pensamientos mismos hacían imágenes con los objetos pensados* (*In Carm. Aur.* XXV, 3).

⁷ Cf. *Poética*, 1457 a. Esta idea notablemente vivaz preside hoy en día la división del trabajo entre semántica vericondicional y pragmática *de las palabras en discurso*. A este propósito Récanati afirma cándidamente que éstas *no aportan nada al contenido del enunciado* (1980 : 3) ...

*llamando a acercársele a los diversos animales y dándoles a cada uno su nombre. Tres cosas están invariablemente ausentes de la propuesta que un filósofo cree ser la propia del lenguaje y la primera es esa verdad sobre la que nosotros ni siquiera insistimos y que los lleva a afirmar que el fondo del lenguaje está constituido por nombres [...]*⁸. Consideramos pues reduccionista el punto de vista filosófico sobre la preeminencia del nombre-sustantivo que no refleja más que la concepción cosista del referente prevaleciente en la filosofía y en la lógica del lenguaje y también entre los lingüistas que han sido influidos por las corrientes de pensamiento de la tradición. Recordemos que Ullmann habría colocado en la base de su triángulo al nombre (*name*) frente a la cosa (*thing*) y A. Rey afirmaría que *el instrumento privilegiado de la referencia en las lenguas naturales es el nombre (name)* (1976, t II : 111).

3. El nombre propio, marca del Padre

En los cristianos, para los cuales *En el principio existía el Verbo/ y el Verbo estaba junto a Dios / y el Verbo era dios* (Juan 1,1) la predilección por la palabra, el nombre sustantivo, se encuentra profundamente ligada a Dios y al origen absoluto de todas las cosas. Las teorías sobre el Verbo Divino (que se llama también simplemente *Verbum*) se identifican con la palabra y con Dios y en san Agustín la palabra se manifiesta a través del *verbo del corazón* que se une al *Verbo Divino* (*De Trinitate* X,19 , cit. por Rastier o.c.) tanto más cuanto que el Verbo Divino está formado por una sola palabra. En la época Patrística san Anselmo afirma: *La palabra, consubstancial con la naturaleza soberana, debe ser soberanamente simple. No se compone de varias palabras; no hay sino un solo Verbo por el que todo fue hecho* (*Monologion*, 30).

El nombre-sustantivo por excelencia será, en las concepciones marcadas por el prestigio de la tradición greco-latina y cristiana, el nombre propio. Su importancia fundamental proviene de las mitologías en las que Dios le otorga un apelativo al ser humano. Consideramos por lo tanto que la importancia del nombre propio proviene del hecho de que en el origen de esta posición se reconoce la supremacía de la nominación divina: *El que venciere, dice el Señor, recibirá de mí un nombre nuevo. Desde hoy te llamarás Sor María de Javier*, puede oírse todavía en los rituales católicos de consagración al servicio de lo divino. La elección del Papa por parte del Colegio Cardenalicio, hace que el elegido pierda de inmediato su nombre propio para recibir un nombre nuevo, que consagra el

⁸ cf. Ferdinand de Saussure, *Cours de linguistique générale*, ed. crítica de Tulio de Mauro (1972 : 440)

designio de su marca de identificación divina: Joseph Ratzinger es Benedicto XVI y no aparecerá ante los fieles católicos del mundo antes de que el Camarlengo lo haya anunciado con este nombre nuevo, irrepetible, del que no se desprenderá ya nunca más. El rito iniciático de un nuevo proyecto de vida se convierte en una identificación distinta, en el nombre del Padre, con el cambio de nombre. Encontramos en numerosos rituales de carácter religioso, político o académico el cambio de nombre que da autoridad porque proviene de un Destinador Supremo. Descubrimos así una de esas huellas que el poder inconsciente del Padre, tomado como Autoridad, Dios, el Nominador, ejerce en el imaginario colectivo y en la conformación de las mitologías simbólicas. Pensemos en el rigor con el que en las sociedades se respeta el cambio de apelación al adquirir un título, al detentar un cargo: bachiller, profesor, señor, señora, don, doña, presidente, rector, doctor y cómo estos apelativos que tienen en lengua valor adjetivo, se sustantivizan para reemplazar al nombre propio: *ahí llega la profesora; miren, ése es el rector; a mí respéteme y llámeme licenciado.*

El poder simbólico de la onomástica atraviesa siglos y culturas en la tradición occidental y este efecto es el que justifica que, sin volver a las teonimias antiguas ni a la tentación siempre renaciente de concebir el lenguaje como un inventario de nombres propios o particulares, James Harris deba refutar, todavía en 1751, la creencia arraigada de que todas las palabras sean nombres propios (cf. *Hermes*, III, 3) para combatir el idealismo platonizante que hizo afirmar a Amonius, entre otros muchos, su fascinación por los nombres propios. Debemos reconocer que la filosofía del lenguaje contemporánea y la lingüística sobre la cual ejerce su influencia, han estado siempre fascinadas por esta fuerte autoridad de la tradición⁹.

Representan los nombres propios, en efecto, el ideal de nombres *puramente* referenciales: *el punto de vista más extendido hoy en día consiste en afirmar que los nombres propios pueden tener una referencia, pero que no tienen sentido* (Lyons 1980 : 178). Para algunos incluso el nombre propio, índice puro, permanece apuntalado por la eternidad y en todos los mundos sobre una y una sola persona. Es por lo menos la tesis que defiende brillantemente Kripke en *Naming and Necessity* (1972) que permite percibir un regreso hacia las fuentes

⁹ Y precisamente por aquellos que pueblan los ejemplos desde hace milenios. Si *Dion* ha tomado su merecida jubilación, *Sócrates* (en Kneale), *Aristóteles* (en Frege, Searle, Kripke), *Marco Tulio* (en Barcan Marcus) brillan siempre en la escena filosófica, en compañía del *Walter Scott* de Russell y del *Nixon* de Kripke. La lingüística contemporánea sigue seducida por el nombre propio.

indo-europeas de la filosofía del lenguaje pre-socrática : el nombre es el nombre propio que nos fue dado por el padre y que puede además sobrevivir a la muerte.

Sobre los nombres gloriosos tenemos ejemplos innumerables que resisten cambios culturales, tiempos y espacios porque están ligados a la supervivencia de la identidad y a la lucha prometeica de los seres humanos contra el olvido y la desaparición, es decir, contra la muerte. Cuando alguien muere, cuando algún ser querido se va antes de tiempo con la muerte, nos queda su nombre único, *Néstor*; como una forma de presencia que nos preserva del vacío insoportable de no poder decir, del silencio absoluto. Por esto la noción misma de sentido está ligada a la supervivencia después de la vida y otra huella más de esta mitología la podemos encontrar en el nombre que en griego recibe la estela funeraria llamada *sêma*.

El carácter especial de los nombres propios proviene además de que es privilegio de todo ser poseer un nombre que lo identifica y lo diferencia al mismo tiempo y desempeña una función importante en las sociedades; significa y designa a un ser individual, es una marca de identificación y además es denotativo; desde el punto de vista formal no tienen plural y a veces no están precedidos por el artículo.

4. Para una lexicografía integrada

Todas estas legados de la tradición, unidos a la resistencia de las investigaciones contemporáneas sobre el privilegio que se le concede a la palabra como entidad llena de sentido y de significación, nos permiten fijar una posición que no ha de dejarse arrastrar ni por los prejuicios referencialistas y denotativos de los nombres, que se aúnan con los prejuicios realistas y místicos, ni tampoco por un materialismo científico que niegue a estas unidades fundamentales de la semántica el espacio privilegiado de estudio que les corresponde.

Los efectos de sentido de las palabras nos demuestran, como se desprende del epígrafe de Greimas con el que iniciamos este ensayo, que la reflexión sobre los nombres y sobre los lexemas en general, mantienen una vigencia central porque son depositarios de la memoria colectiva y de la elaboración sensible e inteligible que la cultura ha realizado gracias al lenguaje.

La semántica lingüística, que se ocupa de los fenómenos significantes de la manifestación gracias al discurso y a los discursos en cualquier sistema semiótico, no se desintegra ni se debilita al acoger sensatamente los valores simbólicos y transcendentales que puede ocasionar la aparición del nombre-sustantivo como emblema de un recorrido

científico. No en vano los diccionarios son para los hablantes y para los que estudian una segunda lengua, el libro por excelencia del conocimiento imprescindible de un idioma; todos necesitamos la labor del lexicógrafo aunque es cierto que con frecuencia son criticados tanto por expertos como por simples aficionados ya que un diccionario constituye necesariamente el resultado de una serie de decisiones de compromiso entre el deseo inalcanzable de un repertorio léxico perfecto y el resultado de unas obras que deben contentarse con ser lo mejor posible.

La semántica actual, que tiene vocación científica aunque no es más que una ciencia en construcción, ganará mucho si se aleja de los prejuicios contra la lexicología y la lexicografía que son consideradas como meras técnicas y simples metodologías a juicio de los expertos en teorías generales o modulares de la significación.

El valor de las palabras llenas, de los nombres propios que además de identificar nuestra minúscula textura, nos ponen al alcance del Otro y del estar en el mundo, habrán de acompañar también el recorrido científico de la semántica hoy.

Bibliografía

DELORME, J. (1987) *Parole, figure, parabole*, Lyon, Presses Universitaires.

LYONS, J. (1980) *Semántica*, Madrid, Teide.

OGDEN, C.K. & RICHARDS, I.A. (1923) *The meaning of meaning*. Londres, Routledge & Kegan.

RASTIER, F. (1990) “La triade sémiotique, le trivium et la sémantique linguistique”, In : *Nouveaux Actes Sémiotiques*, n° 9 Limoges, PULIM.

RECANATI, F. (1980) *Les niveaux de l'analyse pragmatique*, Urbino, Documents du CISL.